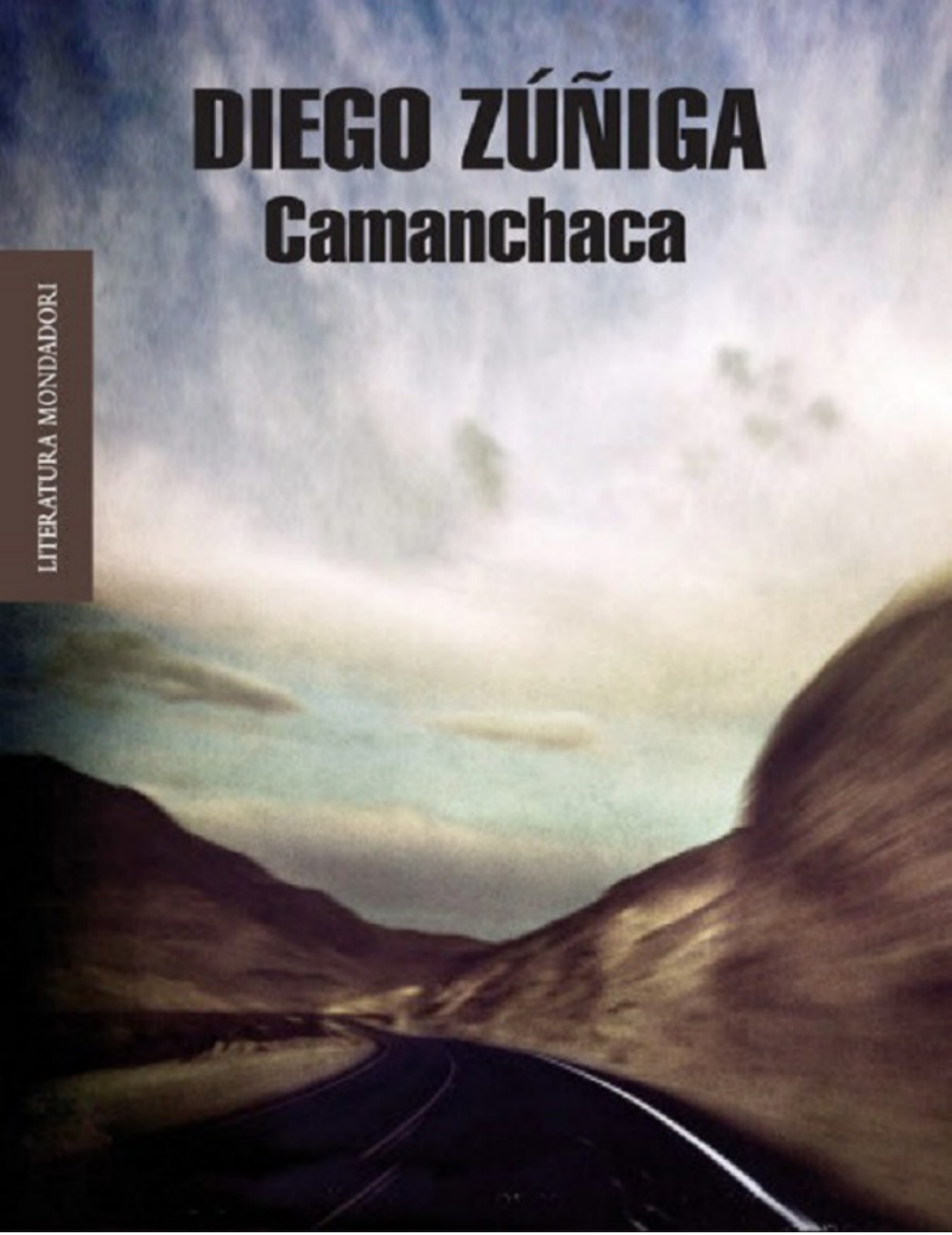
DIEGO ZÚÑIGA

Camanchaca

LITERATURA MONDADORI



Camanchaca

DIEGO ZÚÑIGA

MONDADORI

Índice

Cubierta
Portadilla
Camanchaca
Créditos
Acerca de Random House Mondadori CHILE

A Lorena Amaro, por todas las razones

—Ahí tienes: una historia de familia —dijo Bobby.
—La historia de todo el mundo —respondí—.

La historia de siempre.

RICHARD FORD

El primer auto que tuvo mi papá fue un Ford Fairlane, del año 1971, que le regaló mi abuelo cuando cumplió los quince años.

El segundo fue un Honda Accord, del año 1985, color plomo.

El tercero fue un BMW 850i, azul marino, del año 1990, con el que mató a mi tío Neno.

El cuarto es una camioneta Ford Ranger, color humo, en la que vamos atravesando el desierto de Atacama.

Mis papás se separaron cuando yo tenía cuatro años. Ahora tengo veinte. Vivo con mi mamá en Santiago. Él se quedó en Iquique junto a su nueva familia. A veces nos vemos cuando viaja por negocios. Me lleva a comprar ropa o me pide que lo acompañe, junto a su nueva mujer, a buscar algunas cajas. Yo me subo a su camioneta, me pongo los audífonos, enciendo el mp3 y lo acompaño.

Ahora me dice que debemos ir a Tacna porque si no podría perder mis dientes, que él conoce a una dentista que me ayudará a salvarlos. Me explica eso y su hijo de diez años, que va en la parte trasera de la camioneta, se ríe a carcajadas y dice algo que no alcanzo a entender. Se ríe y la mujer de mi papá le dice: Eduardito, cállate, pero él no deja de reírse.

Mi mamá perdió todos los dientes. Se tuvo que poner una placa. A veces va a la cocina y abre un cajón, donde guarda la crema especial, y se da media vuelta y se arregla la dentadura superior. Yo miro el reflejo de su cara en la ventana de la cocina y no digo nada. Después ella se gira y aparece con la parte superior de los dientes bien puesta. La parte inferior no la usa. Dice que le hace daño, que no la deja dormir.

La mujer de mi papá se llama Nancy. Mi mamá dice que se paraba en Thompson y que ahí conoció a mi papá. A veces me dan ganas de preguntárselo. Ahora que la miro por el espejo retrovisor, mientras me ofrece un vaso con bebida, pienso que podría preguntárselo. Decirle si es verdad que se paraba en Thompson. La miro. Ella sonríe. Ella me muestra su sonrisa perfecta y yo niego con la cabeza. Después me pongo los audífonos y dirijo la mirada hacia la carretera.

Antes de partir de viaje mi mamá me dio la lista de cosas que debía comprarme: chaqueta, pantalones, zapatillas, camisas, calzoncillos y calcetines. Me dijo que le exigiera a mi papá que me comprara cosas de marca, que duraran todo el año. Me recalcó eso. Y cuando la llamé desde Coquimbo, donde dormimos, me volvió a repetir que no se me olvidara decirle que me debía comprar esas cosas. Y yo le dije que sí, mientras me veía en el mall de Iquique comprando cualquier cosa que me entrara, y preguntándole a mi papá si me podía comprar un polerón, y si me podía comprar esa camisa, y luego escuchando no, es muy cara, mejor busca otra. Y yo entrando a los vestidores e intentando que las camisas en oferta me entren, calculando que si adelgazo unos kilos cuando regrese a Santiago me podrán subir esos pantalones que están dos por uno.

El hijo de mi papá se llama Elías. Así me lo presentó mi abuela, aunque todos le dicen Eduardito. Nació cuando yo tenía diez años. Mi mamá dice que no es hijo de mi papá, que la mujer se metió con otro hombre. Eso le contaron y ella lo cree porque el cabro no se parece a mi papá, dice mi mamá, el cabro se parece a la mujer nomás. Y yo lo miro por el espejo del costado, mientras juega en una especie de Gameboy que le regaló mi papá en Navidad, y digo sí, es verdad, no se parece a mi papá.

Desde el día que llegamos a Santiago, mi mamá nunca más quiso trabajar. Nunca más salió a la calle. Solo vamos al supermercado la primera semana de cada mes. Mi abuelo le manda plata y ella me pide que la acompañe. Entonces vamos y compra las cosas del mes, y se compra una tintura para el pelo, aunque nunca sabe cuál le sienta mejor, así que me pide mi opinión; yo miro las cajas y no entiendo la diferencia entre un rubio ceniza y un rubio mate. Aunque miro a la mujer que sale en la caja y luego observo a mi mamá y le doy mi opinión. A veces me hace caso, aunque generalmente elige el contrario y sale del pasillo de las tinturas y continúa con la compra del mes.

Mi papá me dice que ya estamos cerca de Antofagasta. Me explica que hay que tenerle respeto al desierto y a la carretera, que no cualquiera puede conducir por ahí. Yo asiento con la cabeza mientras me saco uno de los audífonos con la mano. Lo miro, moviendo la cabeza, y él me dice que algún día me enseñará a manejar, que no cuesta nada. Y yo vuelvo a asentir. Y después él pone su mano derecha en mi muslo y me dice que debería bajar un poco de peso, que si no bajo de peso me puede pasar algo. Y yo muevo mi cabeza y me pongo el audífono.

Con mi mamá jugábamos a contarnos historias antes de dormirnos. Apagábamos la tele y en la oscuridad debíamos inventar historias. No sé por qué lo hacíamos, pero disfrutábamos mucho ese momento. Nos reíamos cuando estábamos completamente a oscuras en esa cama de dos plazas que nos regaló mi abuelo. Desde que llegamos a Santiago decidimos dormir juntos. Aunque en realidad la decisión la tomó mi mamá: me dijo que no había plata para gas, que no podíamos tener una estufa y que lo mejor era dormir juntos, como cuando yo era un niño y aún vivíamos en Iquique. Por supuesto que no cuestioné nada, solo agarré algunas cosas y me trasladé a su pieza, nuestra pieza.

Mi papá golpea con los dedos índices el volante, como si estuviera tocando una batería. La mujer y su hijo duermen, pero a él no le importa. Yo le bajo el volumen al mp3. Él sigue golpeando el volante, mientras suenan una guitarra y una batería. Es Pat Metheny. Me mira, con una sonrisa en la cara. Me saco los audífonos. Él no deja de sonreír. Me pregunta si sé qué es lo que suena. Yo asiento con la cabeza. Él golpea con más fuerza el volante. Cuando termina la canción me cuenta de la vez que vio a Pat Metheny en vivo, en el estadio Chile, cuando fue con Nancy. Después me dice que si vuelve a venir, me invitará a mí. Yo no digo nada. Miro por la ventana derecha. Un hombre caminando en el desierto. Lo alcanzo a ver por unos segundos, antes de que lo dejemos atrás y él se vaya perdiendo entre los cerros. Lo veo y me imagino siendo él, recorriendo el desierto, perdiéndome. Como un empampado. Me gusta esa palabra. Empampado. Lo quedo mirando. Nos alejamos. Vuelve a sonar Pat Metheny y mi papá nuevamente empieza a golpear el volante.

Fue una de esas noches, completamente a oscuras, que mi mamá me contó lo de mi tío Neno. Me dijo que había muchas cosas que yo no sabía, que no fue idea suya mentirme, que era un trato que había hecho con mis abuelos. Y me contó la historia. Con detalles. Con silencios. Días después no volveríamos a hablar más de mi tío Neno. Días después habría otra historia que nadie iba a querer contar.

Nos bajamos en una bencinera. Mi papá compra un par de bebidas y algo para comer. Yo me quedo junto a la camioneta, viendo cómo la mujer y su hijo hojean unas revistas mientras esperan a mi papá. Pienso en mi último viaje a Iquique. Mi abuela muerta. Sus ojos cerrados y un hilo de sangre que corre por su boca, un hilo que aparece justo antes de que cierren el cajón. Luego el cementerio. La enterraron junto a mi tío Neno. Creo que esa mañana tuvieron que reducir los restos de mi tío para que entraran en el mismo nicho. Mi papá no quiso ir a verlo. Tuvo que ir mi abuelo. Dijo que el cuerpo de mi tío estaba momificado. Mi papá no dijo nada.

Al día siguiente no fui a clases. No creo que haya sido por la historia de mi tío, simplemente no tuve ganas de levantarme. Estudiaba periodismo, quería trabajar en una radio. Quería tener un programa sobre fútbol o de entrevistas. Mi mamá, en cambio, lo único que deseaba era que estudiara derecho. Insistía en que me iba a perder en el periodismo, que no iba a tener futuro, que la radio era una huevada. Eso decía. Pero yo soñaba con unos audífonos grandes, el estudio y entrevistando a distintos deportistas. O conduciendo un noticiero. Finalmente postulé y entré. Le conté a mi papá y me felicitó. Cuando le dije que debía pagar la matrícula me dijo que no tenía plata. Tampoco para pagarme la mensualidad. Tuve que postular a distintas becas. Por suerte me las dieron todas.

Llegaremos por el desierto, dice mi papá, nos demoraremos un par de horas más pero llegaremos bien, dice él y yo me quedo pensando en las playas que no veremos. Pasamos el cruce que nos hubiese llevado a Antofagasta y nos adentramos en el desierto: la ruta costera está cortada. Nunca he llegado por este camino a Iquique, pienso. El sol comienza a descender. Su hijo hojea una revista de videojuegos que se compró. La mujer mira por la ventana. Mi papá pone otro disco de Pat Metheny.

También me daban una cuponera con cheques para comprar comida. No eran muchos, pero me los gastaba, sin falta, la primera semana de cada mes. A veces invitaba a comer comida china a mi mamá y yo pagaba con los cheques. O si no me los gastaba solo. Iba a clases y a la hora de almuerzo me ponía a recorrer el centro y ver en qué lugares los aceptaban. Alguna vez hice una lista de todos los restaurantes donde podía utilizarlos. Y los comencé a visitar en Providencia, en el centro, en Estación Central. La acción no variaba mucho: entraba, me sentaba a una mesa alejada y comía. Los cheques, por supuesto, no duraban más que la primera semana de cada mes.

Imagino las playas desiertas. El sol comenzando a esconderse. El mar rojo. El cielo naranjo. Esos lugares a los que iba con mi familia antes de que yo tuviera memoria, antes del accidente. Las imágenes no existen más allá de algunas fotos descoloridas. Pero así me contaron. Las playas desiertas y mi familia que iba a acampar por un par de semanas. Mi papá, mi mamá, mis abuelos, yo y mi tío Neno.

También me daban una beca en plata. Eran quince mil pesos mensuales. A veces juntaba dos o tres meses para comprarme ropa y así no necesitar tantas cosas cuando viajara a Iquique. Una vez reuní plata para comprarme una grabadora y un micrófono. Y comencé a grabarme en las noches, antes de acostarme con mi mamá. Quería ser como uno de los comentaristas de ESPN que relataba la Champions League cuando yo era chico y vivía aún en Iquique. Como ese que narró la final entre Manchester United y Bayern Munich, en el Camp Nou. Decían que era chileno, aunque su acento era más bien neutro. Y yo, en las noches, practicaba ese acento y buscaba sobrenombres para cada jugador, mientras recordaba esa final, esos días en Iquique, cuando mi mamá trabajaba y yo me quedaba todo el día solo, viendo los partidos de la Champions League de 1999.

El color del cielo: naranjo, quizá morado por momentos. El desierto azul, como si lo cubriera un manto. No hay nada. Mi papá escucha otro disco de un grupo que desconozco. Atrás, la mujer y su hijo hablan en voz baja. El desierto, como si fuera a dormirse, acostado bajo ese manto azul. Y a lo lejos un pueblo. Unas casas. Chacabuco. Hay un hombre a la entrada del pueblo. El hombre bebe algo de una taza mientras observa los autos cruzar la carretera. O esa sensación me da. Mi papá me dice que debe de estar loco. El pueblo está desierto. No hay luces, no hay nada ni nadie. El hombre en la entrada y las casas que se confunden con el desierto. Mi papá insiste en su idea, pero yo no le digo nada. Tengo los audífonos puestos. Él dice que debe de escuchar voces, que eso se comenta, que su historia es conocida. Yo no despego la mirada del desierto. Lo dejamos atrás. Mi papá comienza a contarme la historia, pero yo prefiero no escucharlo. Y me imagino al hombre bebiendo el último sorbo de la taza y luego yéndose a dormir, en una habitación iluminada por un par de velas. Esperar que se consuman, cerrar los ojos y dormir. Entre murmullos, dice mi papá, las pesadillas y los gritos y los murmullos de toda esa gente, dice él y yo cierro los ojos, mientras anochece en el desierto.

Una vez conseguí volver a ver esa final entre el Manchester y el Bayern. Y lo que hice fue bajarle el volumen al televisor y comenzar a relatar el partido. Traté de olvidar cómo terminaba, aunque fue imposible. Relaté con tranquilidad el primer tiempo, cuando el Bayern se fue al descanso con un gol de ventaja. El segundo tiempo, como diría minutos después el relator chileno, no era apto para cardíacos. Cuando al minuto ochenta fue sustituido Lothar Matthäus, me puse de pie y comencé a aplaudir. En ese momento mi mamá entró a mi pieza y me vio ahí, frente al televisor, con el micrófono, la grabadora y yo aplaudiendo. Le hice un gesto con la mano para que se fuera y me hizo caso. Al minuto noventa y uno empezó, finalmente, a cambiar la historia. Un córner y gol de Teddy Sheringham. Grité tan fuerte que mi mamá volvió a entrar a la pieza y se quedó observando la escena: yo gritaba e intentaba articular un relato coherente, emotivo. Me encontraba al borde de las lágrimas. Y luego vino el final, un minuto después, cuando Ole Gunnar Solskjaer, el asesino con cara de niño, el mejor suplente de todos los tiempos, desvió una pelota en el área chica y le dio la gloria al Manchester, a Inglaterra, a un país entero que veía cómo su equipo lograba dar vuelta el marcador; una historia épica, un partido para la memoria, una clase de buen fútbol.

El último tramo. Alto Hospicio. Luces en medio de la oscuridad. Calles iluminadas por ampolletas de baja intensidad. Dos mujeres caminando al borde de la carretera. Una haciendo dedo. Mi papá conduce en silencio, su familia duerme. Cuando me fui de Iquique, Alto Hospicio todavía no existía. Eran cinco casas en medio del desierto, al lado de un par de basurales clandestinos. Ahora es una ciudad, pienso, una ciudad con calles iluminadas. Mi papá enciende la radio y logra sintonizar una estación iquiqueña. Un hombre habla de un incendio. No hay muertos, solo damnificados, dice el locutor mientras comenzamos a bajar desde los cerros hacia Iquique. Las luces que se separan de una mancha negra: el mar. Algunos puntos en medio de esa mancha negra, cerca del puerto. El estadio de fútbol con la cancha iluminada. La ciudad amarilla, nosotros bajando, la familia que despierta y el hombre en la radio que nos deja con una canción de un grupo sound. Mi papá apaga la radio y me dice que ya llegamos a casa. Yo asiento con la cabeza mientras pienso que debo llamar a mi mamá, pero no quiero.

También inventé un programa de entrevistas. Yo hacía las preguntas y también las contestaba. La idea era ponerme a prueba, por lo que intentaba responder cosas complejas que pudieran dejarme en blanco, para ver así mi capacidad de reacción e improvisación, como me habían enseñado hace unos meses mis profesores en la universidad. Duró un par de capítulos, hasta que apareció mi mamá y me preguntó que por qué no la entrevistaba a ella.

Ahí comenzaron las entrevistas. Ahí comenzaron las historias.

Llegamos a Iquique. Vamos a la casa de mi tata. Me quedaré ahí por las vacaciones. Es raro entrar y que no esté mi abuela. La casa parece más grande. Tiene olor a encierro. Mi tata me saluda. Lleva puesto un delantal de cocina. Después me mira y me dice que estoy muy gordo, que me debo cuidar. Yo no digo nada. Voy a la pieza matrimonial. Todavía está el cuadro con la imagen de mi abuela. Salgo de ahí y me siento en el comedor. Mi papá le está contando a mi tata sobre nuestro viaje a Buenos Aires, las maravillas del viaje a Buenos Aires. Nancy está sentada a su lado, junto a su hijo. Ellos sonríen, mientras mi papá le cuenta a mi tata que me compró algunos libros. Él me mira y yo sonrío y le digo que sí, que me compró tres libros. Después mi papá se va y nos quedamos solos con mi tata, en silencio.

Las entrevistas eran en la noche. A veces dejábamos entrar a la Coka para que nos acompañara. Nos sentábamos en el living, dos vasos de agua, un cenicero, sus cigarros, un encendedor, la grabadora, el micrófono y una radio. Era un formato clásico: tres bloques de quince minutos y un par de canciones entremedio. Decidimos comenzar por la infancia. Mi mamá estaba obsesionada con la infancia, con su infancia. Y había una imagen que no podía olvidar: el día que su madre se fue de la casa. Ella la recordaba ordenando una maleta, con mucha prisa, y la hermana de mi mamá llorando, pidiéndole que no se fuera, que no las abandonara. Y mi abuela en completo silencio, echando la ropa, muy apurada.

¿Por qué se apuraba tanto?

No sé, respondió mi mamá y encendió un cigarro, supongo que creía que mi papá volvería luego. Y a mí eso me preocupaba, que mi papá la encontrara en la casa antes de que se fuera.

¿Y qué dijo tu papá cuando volvió y no la encontró?

Parece que no dijo nada, que se encerró en su pieza y se puso a llorar.

El viaje a Buenos Aires fue por negocios. Me invitó después de lo que pasó con mi mamá. Acepté la invitación en ese mismo instante. Nos fuimos por cinco días. Mi papá prometió que me compraría algunos libros. Y llegamos al último día del viaje sin libros y cansados. Él se quería quedar acostado y yo le dije que cómo, que debíamos aprovechar el tiempo. Finalmente fuimos a Florida; él con la mujer y su hijo viendo las tiendas, y yo corriendo, entrando a todas las librerías y buscando algún libro que comprar. En mi mente tenía una lista. Después la olvidé. Ya daba lo mismo. Ellos paseaban y yo me metía a las librerías y los perdía de vista. Empezó a anochecer y los negocios a cerrar. Y una última librería al final de Florida, él dentro de un mall y yo encontrando tres novelas que quería, que no estaban en la lista, pero que quería. Y luego buscándolo y diciéndole que tenemos que correr, que la librería cerrará en cinco minutos. Los dos corriendo y el vendedor que me dio los libros y mi papá que pagó y me preguntó si estaba contento ahora, y yo nada, yo miraba las novelas y pensaba en que debíamos regresar; él que me palmoteaba la espalda y me preguntaba si me servían esos libros para la universidad. Sí, papá, gracias, sí, papá, le decía y él con una sonrisa pidiéndome los libros y mirándolos, tocándolos. Tomó uno desde las dos tapas y lo dio vuelta: el libro que parecía un ave volando, y él diciéndome que de verdad es resistente, que se nota que es de buena calidad, y yo callado, mirando el libro abierto y él sacudiéndolo y hablando de la calidad, y yo sin decir nada, pensando que al día siguiente debíamos volver a Chile.

En una de las entrevistas ella me diría que es mejor no recordar nada.

La imagen: caminando por Florida con mi papá y él palmoteándome la espalda y diciéndome que yo tenía suerte, que no todos los hijos tenían un papá como él. Me decía eso, con su sonrisa, y yo lo miraba y asentía con la cabeza, y él palmoteándome la espalda y diciéndome que nunca me olvidaría de ese viaje a Buenos Aires, que sería algo que le podría contar a mis hijos, algo importante en mi vida. Y yo mirándolo y él sonriendo, palmoteándome la espalda y sonriéndome.

Un día decidió que cambiáramos los roles. Quería que yo respondiera las preguntas, que yo pidiera las canciones. Y me preguntó por la infancia. Le dije algunas cosas vagas; por un instante pensé en decirle que no tenía recuerdos de infancia, que tenía pésima memoria, pero sabía que si hacía eso la entrevista solo duraría unos minutos. Así que recordé algunos momentos: el día que mis papás se separaron, los partidos de béisbol en El Morro, las tardes que me quedaba solo en el departamento esperando que llegara ella, el día que mi papá me llevó a la playa y me dijo que yo tenía suerte de ser hijo único.

Mi abuelo me pregunta por mi mamá. Le digo que todo está bien. Luego me dice que suba a ver en qué pieza me quiero quedar. Antes de irnos a vivir a Santiago, estuvimos unos meses en esta casa. Ahora ya no es una casa. Ahora es una residencial, con muchas piezas que desconozco. Subo la escalera. Mi abuelo me mira desde el primer piso, sujetándose en su bastón. Avanzo. Es otro lugar. Hay un pasillo largo, unas sillas en un rincón y un televisor puesto en una esquina. Pareciera que en cualquier momento el aparato negro que lo sostiene caerá. El televisor está apagado, las sillas algo corridas. Ya no existe living, ni cocina, ni nada. Solo hay habitaciones. Muchas habitaciones a ambos lados del pasillo. Las puertas están cerradas. Tienen distintos números. No sé cuál abrir. Mi abuelo grita algo que no logro entender. Avanzo. Ya no hay más piezas. Ahora está el pasillo que llega hasta los baños. Salgo. Se ve el patio de mi abuelo. Se ve el reloj que está en el cerro. Son las 11.07 p.m. Eso dice. También se ven los techos de las otras casas. Creo que esta es la única de dos pisos que hay en la cuadra. Se ven los techos y los patios. El cielo está oscuro. Ya no escucho la voz de mi abuelo. En este pasillo de afuera están los dos baños y hay una pieza. Abro la puerta. No hay nadie. Me siento sobre la cama. Luego me recuesto. Cierro los ojos.

¿Qué recuerdas del día que nos separamos?, me preguntó con un tono extraño, como si tratara de poner más ronca la voz.

No sé, le respondí, en verdad nunca entendí bien por qué se separaron.

¿Pero no recuerdas nada?, insistió ella.

Algo, dije y luego me quedé en silencio.

Pero sí. Tenía una imagen: jugábamos con mi prima a la escondida. Estábamos en la casa de mi abuelo. Yo contaba, ella se escondía. Salí de la casa para ver dónde podía estar. La vi tras unos arbustos. Corrí a la casa. Entré rápido y, sin mirar, cerré la puerta. Ella había puesto los dedos en el borde. Se puso a gritar. Llegaron mi papá y mi mamá. Creo que uno de los dos intentó pegarme. Luego vinieron gritos. Nunca más vi a mi prima. Luego nos fuimos con mi mamá de esa casa.

Abro los ojos. La pieza está oscura. Enciendo una lámpara. A los pies de la cama está mi bolso con mi chaqueta. Siento el sabor de la sangre en mis dientes. Me paso la lengua sobre ellos. Me levanto y abro la puerta. Abajo está el patio a oscuras. Ya no se ve el reloj del cerro. No sé si es la neblina o es que a una hora determinada desaparece. No recuerdo ese detalle. Mi abuelo duerme, pienso y avanzo por el pasillo. Todas las piezas están con las luces apagadas. Antes de llegar a la escalera hay unos hombres viendo televisión. Los hombres miran un partido de tenis y yo digo buenas noches y ellos no dicen nada, siguen mirando el partido mientras beben unas latas de cerveza. Los dejo atrás y me quedo quieto en la escalera. Una escalera negra, en espiral. Estoy seguro de que una vez me caí cuando era chico. Sé que rodé y que probablemente me puse a llorar muy fuerte. Ahora bajo lentamente, mirando cada escalón, y pienso en cómo mi mamá era capaz de bajar esa escalera sin caerse. Pienso en mi mamá, gorda y torpe, bajando esas escaleras apenas, quizá demorándose cinco o diez minutos. Pienso que alguna vez un hombre la vio desde la calle y se quedó quieto, mirando cómo ella bajaba cada escalón, cómo no dejaba nunca de sujetarse de la baranda. Y ahora bajo yo, también, sin soltarme de la baranda.

¿Por qué crees que nos separamos por eso?, preguntó mi mamá, ¿por qué estás tan seguro de que nos separamos por lo que pasó ese día?

No dije que estuviera seguro, respondí, solo recuerdo que después de ese día se separaron.

¿Y qué pasó después de que le apretaras los dedos a tu prima?

Yo no le apreté los dedos a mi prima, fue un accidente.

¿Pero qué más recuerdas?

Me acuerdo de mi prima gritando, ustedes gritando y mis abuelos ausentes. Nunca supe por qué no aparecieron. Sé que después me puse a llorar y subí la escalera en espiral y me encerré en mi pieza. Tenía cuatro años. O quizá cinco. Después subió mi prima y me preguntó si era verdad lo que le habías dicho. Si era verdad que me iba a ir de la casa. Supongo que lo desmentí. O quizá seguí llorando. Ahí la imagen se vuelve difusa. No sé qué viene después.

Llego al primer piso. Abro la puerta y mi tata está sentado en el escritorio, leyendo. Levanta la vista y me pregunta qué tengo en los dientes. Le digo que me sangran mientras duermo. Tienes que verte, niño, me dice, después los puedes perder todos y ahí sí que no vas a encontrar trabajo en ningún lado. Asiento con la cabeza. ¿Tú lees la Biblia, cierto?, me pregunta y vuelvo a hacer el mismo gesto. Qué bien, hijo, qué bueno que leas la Biblia, me dice él, porque el fin del mundo ya se acerca, y Jehová, que está en los cielos, necesita hombres instruidos, hombres que entiendan su palabra, porque Babilonia la grande es fuerte, muy fuerte. ¿Sabías eso, hijo? Pero mira, las cosas ya cambiarán y nos volveremos a encontrar con tu abuela. Porque ella resucitará y todos seremos felices, dice mi tata. ¿Y mi tío también va a resucitar?, pregunto y mi tata me mira y niega con la cabeza. Después baja la vista y sigue hojeando la Biblia.

Después de su entrevista le dije que prefería seguir haciendo las preguntas yo, que prefería sus respuestas, sus historias. Mi mamá dijo que estaba bien y continuamos, todas las noches, con el mismo ritual. La Coka era nuestra espectadora. En ese tiempo aún no se enfermaba, todavía caminaba bien y ladraba con fuerza. Las entrevistas continuaron. Ella hablaba de su mamá que nunca volvió a su casa, hablaba de su papá que era un mujeriego, hablaba de sus hermanos repartidos por Chile. Personas a las que nunca conocí. Gente perdida en pueblos al norte y sur del país. Me gustaba la historia de un hermano en especial. Se casó muy joven, tuvo tres hijos, luego se perdió en la carretera que une dos pueblos al sur de Chile. No recuerdo sus nombres, pero se perdió. Según mi mamá, lo raptaron los ovnis. Eso era lo que contaba mi tío. Aunque a veces mi mamá cambiaba la versión y contaba que lo detuvieron los milicos. Lo torturaron, pensando que era miembro de un grupo subversivo, y cuando entendieron que no tenía nada que entregarles, lo soltaron en medio de un bosque y sobrevivió, quién sabe cómo. Pero lo que importaba era lo siguiente: mi tío regresó después de veinte años de ausencia. Mis primos, a quienes nunca he visto, no lo reconocieron. Su mujer tampoco. Solo sé que estuvieron un tiempo juntos y que luego él les contó que tenía otra familia. Les dijo que se había casado con una muchacha diez años menor que él. Esa fue la frase. Al día siguiente su mujer se pegó un tiro. Dicen que él vio el cuerpo tendido en el patio, agarró sus cosas y se marchó.

¿Algún día van a volver?, pregunta mi tata mientras guarda la Biblia en un maletín.

No creo, le respondo.

No estoy seguro, pero de todas formas contesto rápido, como si fuera un discurso aprendido. Es la eterna discusión. Sé que ahora mi tata se pondrá a hablar de por qué nos fuimos de Iquique así, apresuradamente, y yo no sabré muy bien qué responderle. Él insistirá en que mi mamá tomó una decisión sin meditar y yo asentiré con la cabeza, esperando que termine el sermón y pueda preguntarle lo que hace rato quiero preguntar: ¿Has sabido algo de mi prima? Mi abuelo no contestará nada, mi abuelo no contesta nada. Solo dice: no sé, y agarra su maletín, se levanta y se aleja del escritorio en dirección a su pieza. Buenas noches, dice y desaparece tras una puerta.

Fue una de esas noches, entre esas historias. No sé cómo llegamos, pero mi mamá comenzó a hablar de mi tío Neno. Se acordó de los días que pasaba junto a él. Y yo le pedí que me contara de nuevo el accidente y ahí partió todo. Ella me miró y me dijo que algún día me contaría la verdad, pero que ahora, en ese momento, yo no podía entenderla. Eso me dijo: que no podía entender la verdad. Luego nos quedamos en silencio. Se terminó la entrevista y nos fuimos a acostar. Después de esa noche nunca más volvimos a hacer el programa de radio. La Coka volvió al patio. Fue en esos días cuando dejó de comer y empezó a quejarse.

El televisor está encendido en un canal que no tiene señal. Se oye levemente un pitido. Las sillas están corridas. Hay un par de latas de cerveza al lado de ellas. Avanzo lentamente, tratando de no hacer ruido. No sé en qué habitación estarán durmiendo los hombres, no hay ninguna luz prendida. Mi sombra se torna difusa en el piso. Avanzo hacia mi pieza. Escucho un quejido. Viene de la pieza que está al lado de la mía. No es llanto, pero por momentos lo parece. Prefiero seguir caminando. Entro a mi pieza, enciendo la lámpara y me siento en la cama. Pretendo ir al Morro al día siguiente y buscar al Aldo, que se supone que conocía a mi prima. Me recuesto. Cierro los ojos. Y aparece: la imagen de mi mamá acostada, dándome la espalda, roja y transpirada.

Cuando terminaron las entrevistas nos sentimos algo extraños. Los primeros días lo comentamos antes de dormirnos. Por eso aparecieron las historias. Necesitábamos continuar con las preguntas y respuestas, pero ya no había ánimo. Ahora solo queríamos contar historias, hablar. Y fue ahí cuando volvió a aparecer mi tío Neno.

El sol golpea con fuerza en la ventana de mi pieza. Despierto, el lugar es insoportable. Salgo de la pieza, bajo y mi tata no está. Me sirvo jugo en un vaso. Es cerca del mediodía. Llamo a mi papá para saber dónde está mi tata. Me dice que es lunes, y que los lunes va al cementerio. Cuelgo. Creo que tengo que cocinar yo. Tuve que aprender la vez pasada que vine a Iquique, cuando mi abuela recién había muerto. Mi mamá me envió un cuaderno con recetas. Cociné todos los días, y mi abuelo siempre encontraba en la comida algún defecto. El exceso de sal, la falta de sal, la ausencia absoluta de sal. Cosas así. Pero yo no lo escuchaba. Ahora supongo que debo cocinar. No sé qué hacer. Abro el refrigerador y no hay nada. Salgo de la cocina y me siento a la mesa. Tomo un poco de jugo. Enciendo el televisor. Lo apago. Luego busco una guía telefónica, pero no encuentro ninguna. No recuerdo el apellido del Aldo. Llega mi tata y le pregunto si tiene una guía telefónica. Me dice que no y va a la cocina. Se pone un delantal y comienza a pelar unas papas.

La historia que yo sabía: mi tío había manejado durante toda la noche. En la mañana cambiaron con el ayudante. Quedaba el último tramo del desierto. El camión avanzaba con la mercadería que traían desde Santiago: frutas, verduras, abarrotes. Y avanzaba algo rápido. Quizá más rápido de lo debido. Pero no había espectadores ni testigos. Solo el desierto y la carretera y el cielo abierto, celeste y abierto. El camión que avanzaba en dirección a Iquique. Tenían que atravesar Humberstone. Después, más desierto, más tierra hasta ver el mar, la ciudad, Iquique. Pero antes, un auto. No había color. No había patente. No había datos. Solo que era un amigo de la familia. Un hombre que trabajaba en un banco y que sabía que ese camión, que avanzaba rápidamente, era de mi tata. E iba detrás de él, queriéndolo adelantar por momentos, pero en realidad no lo alcanzaba. Lo miraba, buscaba el instante para dejarlo atrás, pero no. Iba muy rápido. Desistió. Se quedó detrás de él. Nada lo apuraba. Lo observaba. Era un camión largo. De pronto, una silueta al costado del camión, apoyada en la mercadería. La puerta abierta. El camión que seguía sin bajar la velocidad. La silueta aferrada al camión, mirando la carretera. Luego saltando. El hombre del auto frenó. Se quedó un momento quieto, como si alguien hubiese presionado stop. La imagen congelada. El desierto. El fuego. Play. El hombre que volvió a acelerar. Llegó a Iquique. Mi familia. Todo el mundo subiendo hacia el desierto. El sonido de las ambulancias. El fuego.

Almuerzo con mi tata. No tomes tanta bebida, me dice. Agarro el vaso y camino hacia el lavaplatos. Abro la llave y lo lleno con agua. Me vuelvo a sentar. Me pregunta que cuándo iré a ver a mi abuela. Le digo que pronto, que en realidad no sé qué va a hacer uno al cementerio. Mi tata me observa un momento, en silencio, luego gira la cabeza de izquierda a derecha y vuelve la mirada al plato. Nunca he entendido la muerte, pienso. Me gustaría decírselo, me gustaría contarle a él y a mi papá que nunca he sabido lo que significa que alguien se muera. Ellos deben saberlo. Él debe saberlo. Pero yo no lo sé. Supongo que cuando se muera mi mamá, recién entenderé lo que significa. Aunque, quizá, ni siquiera eso sea suficiente.

¿Cuándo se van a Tacna?, pregunta mi tata y yo levanto los hombros y luego los bajo.

Deberían irse luego, dice él, ¿te imaginas que pierdes todos tus dientes? Yo asiento con la cabeza y sigo comiendo.

Todo eso es mentira, dijo mi mamá.

Aparece en el umbral. Es un hombre alto, de cabeza blanca, bigotes, pelo corto, ojos azules y frente amplia. Con la cabeza casi toca el techo. Debe medir más de dos metros. Saluda a mi tata y conversan algo que no alcanzo a entender. Luego el hombre se va. Escucho el golpe de una puerta que acaba de cerrarse. Mi tata me dice que está hace unos meses en la residencial. Es de Rusia o de un país de esos lados, nunca le ha entendido bien, pero que es un buen tipo. Dice que lo ha visto leyendo la Biblia en su pieza y eso le genera confianza. Porque un hombre que lee la Biblia, dice mi tata, es un hombre que nunca haría daño, porque sigue las enseñanzas de Jehová, que está en los cielos.

Recuerdo que en Buenos Aires vi a mi papá leyendo la Biblia y la *Atalaya*, esa revista de los Testigos de Jehová. Las leía cuando ya todos se habían dormido en esa pieza de un hotel en el centro de Buenos Aires. Pero yo no podía dormir, el calor era un golpe constante en la cabeza, como tener resaca, o eso pensaba cuando abrí los ojos y lo vi leyendo todas esas cosas cerca de la lámpara que estaba en el velador. Y él no se dio cuenta, porque siguió leyendo hasta que apagó la luz y yo vi cómo amanecía en Buenos Aires, mientras su hijo no dejaba de roncar.

La historia era otra. Por supuesto que mi mamá la contó saltándose los detalles. Pronunció la palabra accidente muchas veces, como quien pide perdón. Luego me dijo que guardara el secreto, que no valía la pena darle mayor vuelta al asunto. Lo dijo así, con el tono de quien te cuenta una historia que no le importa a nadie.

Tengo que buscar al Aldo y preguntarle si sabe dónde puede estar mi prima. Agarro mi billetera y camino en dirección al mar. Tengo que ir al Morro, caminar un rato por la playa, luego visitar los departamentos donde crecí. No sé si era una villa, pero sí sé que lo parecía. Edificios de cinco pisos. Blocks que quedaban a la orilla del mar, pero uno no se podía bañar ahí porque solo había rocas. Mi block era el A2, que junto al A1 eran los más grandes de todo el Morro. Aunque la gracia del block A2 es que tenía una vista directa al mar. Parecía una de esas postales que venden en las ferias: las rocas, el mar, el sol. Por supuesto que a nosotros no nos importaba. A nosotros solo nos preocupaban los pungas que iban a tirarse piqueros desde una especie de muelle que se había construido por el incesante golpe de las olas. También era el lugar donde algunos hombres iban a pescar. Pero eso tampoco nos interesaba. Nosotros nos preocupábamos de que los pungas no nos pegaran, así que siempre andábamos escondidos. Parecíamos unas ratas: a veces estábamos jugando fútbol en la cancha del Morro, y si veíamos a los pungas venir, desaparecíamos rápidamente entre los edificios. Cuando los veíamos regresar a la Jorge Inostroza, todo volvía a la normalidad.

La noche en que me contó la historia casi no pude dormir. Me quedé pensando en mi prima, que tenía menos de un año cuando sucedió todo. Me pregunté qué pasaría si le contara la verdad. Cuál sería su reacción. Quizá matar a mi papá. Eso pensé. Cosas exageradas y absurdas. O mandarlo a la cárcel. Eran las posibilidades, una reacción descontrolada. Pero mi mamá insistió en que guardara silencio, en que las cosas ya no iban a cambiar. Está bien, dije y cerré los ojos. Esa noche soñé con mi papá. Era una ballena gigante que volaba sobre Santiago. Lo perseguían dos barcos chilenos. La ciudad estaba desierta. La ballena recorría Santiago mientras no dejaba de llorar. Era una ballena azul. Se dirigía hacia la cordillera de los Andes. Comenzaron a lanzarle arpones. Uno de ellos dio en su costado izquierdo. La ballena cayó en la nieve, como si hubiera quedado varada. Lanzaron más arpones. La nieve roja. El cielo negro. Seguía llorando. Abrí los ojos. Los quejidos continuaban. Mi mamá estaba en el patio. La Coka estaba tirada en la tierra, temblando.

Algo que casi olvido: nosotros éramos el grupo de amigos que vivíamos en el A2. Éramos cinco. Yo era el más chico. Después de que me fui de ahí, nunca más los volví a ver. Pero los recuerdo bien, aunque no sé si ahora me reconocerían. Han pasado más de diez años. Ellos no deben de recordar nada. Ellos no deben de recordar lo que pasó el día que nos dejamos de ver.

Los quejidos de la Coka no pararon en toda la noche. De todas formas alcancé a dormir un par de horas. Cuando desperté decidí no ir a clases. Mi mamá no dijo nada. Me quedé todo el día en cama. Me puse a ver la repetición de las últimas finales de la Champions League. No tenía ánimos de comentar nada. Mi mamá dejó la grabadora y el micrófono a un lado de la cama. Recogí la grabadora y me puse a escuchar algunos audios antiguos. Me detuve en una de las entrevistas que le hice a mi mamá. Ahí hablaba de mi hermano, de los pocos minutos que alcanzó a estar con él. De que ahora, decía mi mamá, tendría la misma edad que tu prima.

Se supone que era uruguayo, o eso decía él. Su mamá había nacido en Montevideo y se había enamorado de un médico chileno. Se casaron allá, tuvieron dos hijos y luego se vinieron a Iquique. Se supone que acá nació Antonio. Nos conocimos cuando llegué al block A2. Era flaco, alto y rubio. Probablemente tenía quince años, como los demás, y yo ocho o nueve. Al principio casi no conversamos. Solo escuchaba a su mamá hablar con su acento tan marcado, muy fuerte, y reírse, mientras paseaban a los cinco perros que tenían. No estoy seguro, pero creo que el Aldo nos presentó en su departamento. Estábamos jugando Súper Nintendo y llegó Antonio con su mamá. Ella se quedó conversando con la mamá del Aldo, y Antonio entró y se sentó junto a nosotros. Creo que jugábamos Mortal Kombat. En la tarde bajamos al estacionamiento e intentamos armar un partido de béisbol. El Aldo habló con otros chicos de los demás edificios y logramos reunir a la gente. Ese día conocimos a Claudio y a su hermano y formamos nuestro grupo. No teníamos nombre, pero siempre estábamos los cinco en un mismo equipo. Tiempo después armamos una casa club, hecha de palmeras, que derribó el viento. Volvimos a levantarla, pero fue inútil. En la noche la marea subía y la ciudad cambiaba completamente. Todos esperábamos que ocurriera, cuando menos lo pensáramos, el maremoto del que tanta gente hablaba.

Escuché la entrevista dos veces. Mi mamá, como siempre, en un comienzo, optó por dejar ciertos cabos sueltos, silencios, ese tipo de cosas que parecían ser parte de su vida. Creo que alguna vez lo hablamos en otra entrevista. Eso de abusar de los silencios, de no contar bien lo que tenía que contar. Ella decía que no sabía hacerlo de otra forma, que necesitaba que alguien le preguntara y le volviera a preguntar. Sin embargo, la historia de mi hermano fue distinta: sin omisiones, sin saltos. Y ella aceptó y comenzó: se iba a llamar igual que tú. Iba a tener tus dos nombres y la pieza en la que creciste le iba a pertenecer. Luego guardó silencio. En la grabadora se escuchaba un rumor. Quizá algún auto estacionándose fuera del departamento. Luego dijo: pero nunca nació. Y volvió a guardar silencio por unos segundos, hasta que dijo que todo había sido culpa de mi abuelo. O de mis abuelos. El rumor, el sonido del teléfono y la cinta que se acabó.

Comienzo a ver la playa. Bellavista está igual. Hay algunos quitasoles y un par de chicos intentando agarrar una ola con sus tablas de surf. Nosotros también intentamos practicarlo algunas veces. El último verano que estuvimos juntos nos dedicamos a eso: yo me despertaba antes de las diez de la mañana y los pasaba a buscar a cada uno. Claro que no usábamos tablas de surf, sino que bodyboards. Íbamos a Bellavista, caminando, y nos metíamos en el lugar más tranquilo. Ya no sé cómo se llamaba. Solo recuerdo el nombre de un sector: «Pepita de oro». Se supone que ahí nadie surfeaba porque había muchas rocas y las olas alcanzaban alturas de cuatro metros. Se supone que el que entraba no salía. Se supone que una vez vino un gringo y logró montar un par de olas, pero luego desapareció. Por supuesto que nosotros a veces caminábamos por las rocas hasta llegar ahí. Tomábamos asiento, sin soltar nuestras tablas, y nos quedábamos toda la tarde viendo cómo reventaban las olas. Cuando el sol comenzaba a esconderse, regresábamos al edificio. Probablemente nos duchábamos y luego nos juntábamos a jugar Súper Nintendo. O a ver alguna película de Dragon Ball Z. En eso se nos iban las tardes. Mi mamá llegaba en la noche, después de trabajar, y me preguntaba las cosas que había hecho en el día. Antes de que se fuera a dormir, siempre me preguntaba si había llamado mi papá. Y siempre, creo, le respondí moviendo la cabeza.

Esa tarde seguí escuchando cintas. Mi mamá hablando sobre mi papá, sobre mis abuelos, sacando a la luz siempre su infancia. Pero yo no podía concentrarme. Pensaba en mi prima y en mi hermano, en sus edades similares. Me los imaginé creciendo juntos, acompañándose. También pensé en cómo habría sido la vida de él. En sus gustos, en si hubiera tenido problemas para ir a comprarse ropa por exceso de peso. O cómo nos hubiésemos llevado. O en nuestra diferencia de edad. Según mi mamá, ella no pensaba en él, no le interesaba imaginarse cosas. Eso lo decía en una de las cintas y terminaba la conversación así, de forma abrupta, diciendo que no valía la pena, que no tenía sentido.

Aunque la verdad es que dedicábamos casi todo nuestro tiempo a jugar béisbol. Ese último año que viví en el Morro me vi toda la serie mundial. La daban tarde, cerca de la medianoche. Salieron campeones los New York Yankees. Nunca me supe el nombre de los jugadores ni cómo se llamaba cada puesto en el que jugaban. Lo único importante, lo único que nos importaba, era golpear la pelota de tenis lo más fuerte posible y correr, correr rápido y pasar todas las bases. A veces nos preocupábamos de robarnos alguna, pero eso a mí no me resultaba. Cuando llegaba a la primera base ya estaba destruido. Me quedaba ahí, jadeando, con las manos en las rodillas y esperando que el Claudio o el Antonio le pegaran fuerte, tan fuerte que lograran que la pelota llegara a la azotea de alguno de los edificios: *home run*. Se acababa el partido, no teníamos más pelotas, atardecía, las olas comenzaban a golpear con fuerza y, entonces, todos regresábamos a nuestros departamentos.

Cuando anocheció, mi mamá entró a mi pieza y me dijo que la Coka seguía quejándose. Fuimos al patio y ahí estaba ella, delgada, con sus orejas de cocker spaniel llenas de tierra. Estaba acostada en su casa, seguía lamentándose. No sé qué hacer, dijo mi mamá. Yo tampoco. Me agaché y comencé a pasar mi mano por su lomo. Cerró los ojos y se quedó en silencio. Vamos a acostarnos, dijo mi mamá, hace mucho frío. Entramos al departamento. Me acosté a su lado. Ella me abrazó y me preguntó si estaba bien. Todo bien, le dije y le di un beso en la frente. Entonces, me abrazó con más fuerza, haciendo que nuestros cuerpos quedaran pegados. En la cabeza tenía olor a tintura. Se puso a sollozar. El televisor encendido, la teleserie de la tarde. ¿Qué pasa?, le pregunté.

Paso al lado de la panadería El Castillo. Veo un teléfono público. Me detengo. Sé que debería llamar a mi mamá, preguntarle cómo está. Pero no quiero. Echo dos monedas y marco. Suena ocupado. Por suerte. Sé que me preguntará por la lista de cosas que no he comprado. Me dirá que le insista a mi papá. En las calles pusieron unas señaléticas nuevas. Son verdes y tienen dibujada una ola. Abajo, la palabra tsunami. Vuelvo a llamar a mi mamá, pero no me contesta nadie. Hago un último intento, pero sigue sin contestar. El sol está pegando fuerte. A lo lejos se escucha romper las olas incansablemente. Me quedo un momento detenido. Observo las nuevas señaléticas que están en la calle. Cuando era chico todos esperábamos el maremoto. O un tsunami. En el colegio practicábamos la Operación Deyse: imaginar que comienza a temblar, todos bajo los bancos, protegiéndonos la cabeza con las manos. Luego evacuar el colegio y correr, sin perder la calma, en dirección a los cerros. Una y otra vez lo ensayamos. Nunca vino el maremoto, nunca vino el tsunami. Pero seguimos, por mucho tiempo, practicando la Operación Deyse.

Esa noche habló de mi papá y de lo sola que se sentía. Apagó la luz y nos quedamos a oscuras. Me dijo que yo no tenía idea lo que significaba quedarse sola. Porque tú te vas a ir, dijo ella, tú vas a agarrar tus cosas y te vas a ir. No lo sé, respondí mientras ella se pasaba las sábanas por el rostro. Era un gesto lento y torpe. Me dijo que nadie iba a querer a una mujer como ella y me volvió a pedir que la abrazara fuerte. Le hice caso y se quedó en silencio. Sentía su vientre abultado contra el mío. Me pidió que le hiciera cariño en el pelo, y yo, una vez más, le hice caso.

Ya no está la cancha de tenis. El terreno está vacío. Aún quedan rastros de la arcilla. La multicancha sí está. Unos niños juegan un partido, mientras una niña intenta encestar en uno de los aros. A veces conversa con el arquero. Deben de tener diez años. Quizá doce. Ellos hablan mientras la pelota se mantiene alejada de ese arco. Empiezo a bajar hacia donde está el block A2. Dejo atrás la cancha y veo el mar. Sigue habiendo palmeras antes de llegar a los estacionamientos del edificio. Avanzo. Veo el departamento donde viví. Hay un cartel que dice «Se arrienda». Está en el primer piso. Se escuchan las olas que rompen contra el muelle. No sé si hay gente pescando. No sé si hay pungas tirándose piqueros. Solo me quedo contemplando el edificio. Miro los departamentos donde vivían los demás. Me quedo detenido en el de Antonio. Quinto piso. Aún recuerdo a su papá saltando. El golpe. Sus ojos cerrados. El sonido de los huesos al chocar con el piso. Luego mis ojos cerrados. Luego los gritos y el sonido de la ambulancia. El llanto de la uruguaya. Antonio durmió en otro lugar. No llegó esa noche. Tampoco la siguiente. Lo dejaron en la casa de unos primos. Cuando comenzaron a velar al cuerpo, recién le contaron. Y Antonio no hizo nada, no dijo nada.

Fue un roce. Luego un movimiento y más roce. Me tomó la mano y la condujo entre sus muslos gordos, blandos. No podía doblar los dedos. No me dejes de hacer cariño, me dijo mientras yo comenzaba a sentir la humedad, los dedos levemente pegajosos. Comenzó a mecerse y yo seguía sin poder doblar los dedos.

La noche del entierro, Antonio durmió en mi casa. La uruguaya llegó y se puso a conversar con mi mamá. Nosotros jugamos Súper Nintendo. Un juego de la NBA. Yo era los Minnesota Timberwolves. Antonio era Los Angeles Lakers. Y mientras nosotros jugábamos, la uruguaya se tomaba una botella de pisco que había ido a comprar. Mi mamá solo la miraba, mientras ella tomaba y hablaba de que volvería a Montevideo, de que ya no tenía nada que hacer en este puto país de mierda. Sé que alcancé a escuchar eso porque lo gritó fuerte y con Antonio nos miramos unos segundos, mientras Kevin Garnett boteaba la pelota esperando encestar. Luego la uruguaya se rió fuerte y nosotros seguimos jugando hasta que nos bajó el sueño, apagamos la consola, apagamos la luz, nos metimos bajo las tapas y nos dormimos. Al día siguiente mi mamá me contaría que se habían tenido que llevar al hospital a la uruguaya. Se tomó dos botellas de pisco, le bajó la presión y vino una ambulancia al departamento. Los enfermeros la conocían, habían trabajado con su marido. Retaron a mi mamá. Le dijeron que si acaso no sabía que ella no podía tomar. Mi mamá negó con la cabeza. Luego se la llevaron. Mi mamá apagó las luces del departamento y se durmió.

Desde la ventana llegaba una luz que dejaba adivinar su espalda. Me levanté, corrí la cortina y la abrí. Ingresó una brisa fría. Me puso la piel de gallina. La Coka comenzó a quejarse con más fuerza, como si alguien le estuviera pegando. La hice callar, pero no funcionó. Cerré la ventana. Volví a acostarme al lado de mi mamá. Ella roncaba, dándome su espalda descubierta, roja, transpirada.

Hay dos hombres pescando. Un niño corre de un lado a otro y lanza piedras al mar. El departamento está vacío. Las ventanas no tienen cortinas. El sol comienza a esconderse. Debo llamar a mi mamá. Debo comprarme la ropa que aparece en la lista. El niño sigue lanzando piedras y ahora uno de los hombres hace lo mismo. Entro al edificio. Subo hasta el último piso. Me siento en la escalera, justo frente al departamento donde vivía Antonio. Ya no hay olor a mierda de perro. Escucho abrirse una puerta. Es del piso de abajo, del departamento donde vivía el Aldo. Pienso en si debo moverme, en si debo ver si es él, pero prefiero quedarme sentado en la escalera, como si estuviera esperando a alguien. Ese último día en que ocurrió todo, la puerta estaba entreabierta. El hermano de Antonio había sacado a pasear a los perros. No se escuchaba a nadie. Entré porque necesitaba pedirle a Antonio que me pasara unos juegos. Avancé lentamente y ahí estaban ellos, sobre la cama. Ella lloraba y emitía un leve quejido. Antonio estaba encima de ella y se mecía. Yo pensé que intentaba matarla. Parece que él también lloraba. Después ella lanzó un quejido agudo y se abrazaron. En ese momento salí corriendo del departamento. Nunca más volví a ver a mis amigos.

Mantuve los ojos cerrados por un buen rato. No quería despertar, pero el sonido de una sirena se había instalado fuera del departamento. Sobre el velador había una bandeja con una taza y un sándwich. Bajo la taza una nota: «Fui a comprar cosas para el almuerzo. No te levantes tan tarde. Cuida a la Coka. Besos». Era cerca del mediodía. Me pasé ambas manos por la cara. Me levanté y abrí la ventana. La Coka estaba tirada en la tierra, jadeando. La llamé por su nombre, pero ni siquiera se movió. Fui a mi pieza y busqué ropa. Después me duché, me vestí, dejé una nota avisando que regresaría tarde y salí. En la micro me fui pensando en dónde podría ir a almorzar. Algún restaurant del centro. Cualquier lugar, en realidad, lo que importaba en ese momento era comer algo grande, algo que me mantuviera satisfecho hasta muy tarde. Me bajé frente a la Universidad de Chile. Me puse a caminar por el paseo Ahumada. Un McDonald's. El Nuria. Llegué hasta la plaza de Armas, entré al portal Fernández Concha. Pensé en comerme un par de italianos, pero no quería estar de pie. Yo quería sentarme un buen rato, comer tranquilo, dejar que la tarde avanzara. Seguí caminando, ahora por paseo Estado: un nuevo McDonald's, un Kentucky Fried Chicken, un Telepizza, un Burger King. Llegué hasta la Alameda, me di media vuelta y finalmente entré al Kentucky.

Escucho unos pasos que bajan por la escalera. Salieron desde el departamento donde vivía el Aldo. Me acerco a la baranda e intento ver si es él, pero solo escucho los pasos. Bajo y me detengo frente a su puerta. Sé que ya no debe vivir acá. Sé que no me abrirá ni su madre ni su tía ni él. Me abrirá la puerta un desconocido que me dirá que toda la gente que vive en el edificio es nueva. No está Antonio ni la uruguaya, tampoco Claudio y su hermano. Doy media vuelta y comienzo a bajar las escaleras. Pienso que el Aldo tampoco se debe acordar de mi prima. O quizá sí, pero probablemente le perdió el rastro. Es lógico. Fueron compañeros en el colegio, pero eso no significa nada. Sigo bajando las escaleras. Salgo del edificio. Los hombres y el niño continúan en el muelle. Atardece. A lo lejos se ve un barco. En la noche tengo que ver a mi papá. Hay que organizar el viaje a Tacna. Camino hacia el muelle. Quiero ver qué pescan. Me acerco y los hombres hablan algo entre ellos. El niño sigue lanzando piedras al mar. Me asomo y veo a dos lobos marinos que asoman su cabeza. El niño les tira piedras y ellos se sumergen. Observo unos segundos cómo se va escondiendo el sol. Finalmente me alejo del muelle y me dirijo a la casa de mi tata.

Pedí un sándwich de pollo crispy con palta, unos nuggets, papas fritas, empanadas de queso y una bebida grande. Corté cuatro cheques restaurant y se los pasé a la cajera. Me entregaron el pedido y me fui a sentar al segundo piso. No había mucha gente. Una pareja, un papá con su hijo, un par de escolares. Me senté lo más alejado posible de las personas. Comencé por las papas fritas. Abrí un sachet de ketchup y otro de mostaza. Los vertí sobre un papel que cubría la bandeja. Agarré un cuchillo y los mezclé. Primero fueron las papas fritas, después las empanadas, a veces masqué el sándwich de pollo, también untaba los nuggets con la mezcla de ketchup y mostaza. Comí rápido, como si alguien me estuviera apurando. Tomé bebida y seguí. En un momento apareció una niña con el uniforme del Kentucky. Comenzó a recoger algunas de las bandejas que habían dejado los clientes sobre las mesas. Era muy blanca, el pelo castaño, la nariz muy pequeña. Ella era muy pequeña, delgada. Recogía las bandejas y las botaba en los basureros. Empezó a llegar más gente. Ella desocupó las mesas y volvió al primer piso. Después vino otra mujer, era mayor, quizá tenía unos cincuenta años. Era baja y se movía lento. Me ofreció sacar la bandeja con los restos de comida.Le dije que estaba bien. Después sacó las bolsas de basura, que estaban llenas, y las cambió por unas nuevas. Me quedé tomando mi bebida que, a esa altura, se había mezclado con el agua de los hielos. Bebida desvanecida. Me quedé un momento sentado. Pensé en ir a comprarme otra promoción, o quizá cambiar de restaurant. Aún me quedaban cheques, así que la plata no era el problema. Se acabó la bebida, masqué los hielos. Llegó más gente y me empezaron a mirar. Me levanté y salí del restaurant.

Tengo que ver lo del viaje a Tacna, pienso mientras regreso a la residencial por el mismo camino que llegué al Morro. Observo la cancha. Escucho unos gritos. Los chicos que estaban jugando fútbol discuten con unos más grandes que están sin poleras. Los chicos se miran y comienzan a correr hacia donde estoy yo. Los pungas comienzan a perseguirlos. Vienen hacia mí. Yo también me pongo a correr. Los chicos no hablan, solo corren y yo los intento seguir. Atrás de nosotros vienen los pungas gritando que nos van a matar. Los chicos me dejan atrás. Me empieza a faltar el aire, me acuerdo de los días en que tenía que trotar en el colegio, que tenía que dar la vuelta a la manzana. Cinco vueltas en menos de diez minutos. Eran unas manzanas gigantes, yo las daba en más de veinte. Llegaba rojo, me faltaba el aire, como ahora, que prefiero no mirar hacia atrás. Aún no pierdo de vista a los chicos, se meten a uno de los edificios. Los sigo. Veo a los pungas pasar al lado mío. Suben las escaleras. Quédate quieto, sapo conchetumadre, me dice uno. Me empuja. Caigo. Dónde están los pendejos culiaos, me pregunta. Le digo algo que no entiende, comienza a pegarme patadas, escucho un portazo, me sigue pegando patadas en las costillas, me tapo la boca, de lo único que me preocupo es de cubrirme la boca, no me interesa nada más, imagino los dientes rodar, me sigue pegando patadas en las costillas, en los muslos, cierro los ojos, siento más patadas, mis dientes, mi boca, el sabor de la tierra, unos gritos.

Caminé un rato por el centro. Esperé que atardeciera. Antes de volver al departamento pasé por el portal Fernández Concha y me comí una promoción de dos italianos más una bebida. Gasté dos cheques. A mi lado estaba lleno de oficinistas. Todos comiendo rápido, tomando cerveza, riéndose. Salí de ahí, tomé la micro y llegué al departamento cuando ya estaba oscureciendo. Las luces estaban apagadas. Mi mamá dormía cubierta por una frazada. En la pieza había el mismo olor de la mañana. Salí al patio a ver a la Coka. Seguía tirada en la tierra, temblaba. Ya ni siquiera emitía un quejido, solo temblaba con los ojos cerrados. Me agaché y pasé mi mano por su cabeza. No he podido entrarla a su casa, me intentó morder, dijo de pronto mi mamá. Estaba ahí, con su pijama, en la puerta del patio, mirándome. Deberíamos sacrificarla, le dije entonces y ella reaccionó mal, me gritó, me preguntó si estaba enfermo, me dijo que ella no había criado a hijos de puta. Me quedé callado. Nunca pensé que le fuera a importar tanto la perra. Antes no la quería; de hecho, cuando la llevé al departamento, me dijo que solo podía estar unos días. La levanté de la tierra, hizo un leve gruñido y la dejé en la casa. Abrió los ojos: una pequeña tela blanca los cubría. Mi mamá dejó de gritar y volvió a su pieza. Encendió la tele. Yo también entré. Fui a mi pieza, cerré la puerta y me acosté.

Me toco los dientes, verifico si alguno está suelto. No pasó nada. Me duele una costilla y me duelen las piernas. Me levanto y me sacudo. Los chicos me gritan y me preguntan si me encuentro bien. Miro hacia arriba y les digo que sí, que no se preocupen. Uno de ellos baja y me dice que puedo pasar a su departamento, que puedo limpiarme en el baño. Cojeo. Subo las escaleras lentamente y entro. Ahí me dicen que me salvé, que esos pungas siempre tratan de pegarles, que tuvieron un problema y hace tiempo que los persiguen. Paso al baño y me pongo frente al espejo. Abro la boca. Reviso mis dientes. Los veo más amarillos que de costumbre. Vuelvo a tocarlos, a ver si alguno se soltó. Nada, están firmes. Me mojo la cara y me levanto la polera. Me duele mucho la costilla izquierda. Mojo una toalla y me la paso por ahí. Luego salgo del baño y le doy las gracias a los chicos. Camino cojeando desde el Morro hasta la residencial de mi tata: los pungas me robaron la billetera.

Al día siguiente tomamos desayuno juntos. Ahí fue cuando me propuso llamar a mi tata y preguntarle si me podía ir por unos días a Iquique. Le dije que estaba bien. Finalmente tuve que llamar yo. Contestó mi papá. Me contó de su viaje a Buenos Aires y me preguntó si quería acompañarlo. Le dije que sí.

Así está el mundo, dice mi tata, es Babilonia la grande la que está reinando, pero Jehová, que está en los cielos, nos va a cuidar a los que seguimos su palabra.

Por eso debemos leer la Biblia,me dice mientras tomo una taza de té, debemos instruirnos para vencer a Satanás.

Yo asiento con la cabeza y me preparo un pan. Pienso que si como, podría mejorarme. Abro el pan y saco una lonja de jamón. Mi tata me pregunta que por qué mejor no como galletas. Le digo que tengo hambre y saco un poco de mantequilla. La unto al pan y me dice que me va a dar un ataque al corazón si sigo comiendo así. Dejo el cuchillo a un lado y pongo la lonja de jamón sobre el pan. Ahora me habla de los Testigos de Jehová. Me pregunta si cuando van al departamento, en Santiago, nosotros les abrimos la puerta. Y yo le digo que sí, que hasta los he hecho pasar al living y les he ofrecido una taza de té. Mi tata sonríe y dice que eso está muy bien. Yo asiento con la cabeza y sonrío. Suena el timbre. Debe de ser la Mirna, dice él y se levanta a abrir.

Mi mamá sabía que yo no quería regresar a Iquique. En eso éramos iguales. Aunque ella era más tajante: no volvería a la ciudad ni muerta, me dijo en una de las entrevistas cuando hablamos sobre su papá. Él también vivió en Iquique, también se tuvo que ir arrancando y también decidió no regresar nunca más. Era algo extraño, pero real.

Después de esa noche no volvimos a dormir juntos. Yo casi no fui más a clases. Me encerré en mi pieza a escuchar grabaciones antiguas de cuando hablábamos sobre mi tío Neno, de cuando hablábamos de Iquique, de nuestros últimos días en la casa de mi tata, de la posibilidad de que todo hubiera sido distinto. Pero era imposible, decía mi mamá, y luego prefería cambiar de tema. Aunque yo igual me quedaba pensando en eso.

Mi tata me deja solo con la señora Mirna. Está arreglándose para ir al Salón del Reino. Ella también es Testigo de Jehová, pero pertenece a otra sede. Se toma una taza de té mientras yo veo la tele. Desde que murió mi abuela, la señora Mirna se queda cuidando la residencial. Todo eso lo sabré después, cuando mi tata me diga que vaya a su pieza y ahí me cuente quién es ella. También me dirá lo de su nieta que desapareció en Alto Hospicio. Luego se pondrá su chaqueta, partirá hacia el Salón del Reino y yo me quedaré con la señora Mirna, esperando que llame mi papá. El teléfono recién sonará a las diez de la noche. Antes de eso la señora Mirna me contará la historia de su nieta, como quien arma y desarma un rompecabezas deteriorado.

Primero fue la aparición de Nancy. La separación. Después el hijo de mi papá. Sin embargo, todo estaba bien, mi mamá tenía una distribuidora de confites. Vendía a mayoristas. Le iba bien. Pero luego pasó lo de la crisis asiática y todo se jodió. Empezaron a cerrar los negocios, la gente ya no salía. Y a mi mamá le comenzó a ir mal, mientras que a mi papá le empezó a ir bien. En ese momento él estaba viviendo en Santiago, con su nueva familia, y transportaba frutas y verduras en un camión que se había comprado. Mi mamá un día lo llamó y le dijo que no tenía cómo pagarme el colegio. Mi papá le dijo que él tampoco. Se quedaron unos segundos en silencio, cada uno con el auricular en su oreja, y luego cortaron. Al mismo tiempo. Después yo me iría a vivir con mi tata y mi mamá llegaría al mes. Vivíamos encerrados en una pieza del segundo piso. Mi abuela a veces iba a ver cómo estábamos. Mi tata no decía nada. Estaba contento de que estuviéramos ahí, junto a él. Pero nada mejoró. Hasta que llegaron las vacaciones de invierno de ese año y viajé a Santiago, a la casa de un sobrino de mi mamá. Días después yo abriría la puerta de esa casa y la vería a ella. Llevaba lentes de sol y tenía vendada la muñeca izquierda. Traía un bolso y setenta mil pesos. Lo demás se quedó en Iquique, le dijo a su sobrino. Mis abuelos no entendieron nada. Después de dos años, recién supieron que estábamos viviendo en Santiago. Y ella prometió eso: no volver nunca más a Iquique.

Lo primero: ella nunca habla como si su nieta estuviera muerta. No. Su nieta está desaparecida. Su nieta, según ella, algún día va a regresar. De eso está segura, por eso no cree en la historia del psicópata de Alto Hospicio. Ese hombre es inocente, me dice ella, ese hombre está pagando por otra cosa. Algo de antes, pero ese hombre no tiene nada que ver. Mi niña desapareció, pero va a volver, estoy segura, porque en las noches, cuando no puedo dormirme, escucho su voz, escucho que ella me habla y me pide ayuda, escucho que me dice abuelita, tengo miedo, y yo le hablo, le grito, le digo que no se preocupe, que la voy a ayudar, y luego ella se queda callada y yo escucho su llanto, me dice la señora Mirna, y no puedo dormir, hay semanas en que no puedo dormir, y me paseo por la casa y me pongo a pensar en ella, y le oro a Jehová, que está en los cielos, y le pido que me la devuelva. Pero sus llantos a veces no acallan y oro, y a veces, pero no se lo cuente a nadie, mijito, a veces le rezo a la virgen María, porque ella sabe lo que es perder un hijo, dice la señora Mirna, ella sabe lo que es perder un hijo, porque era mi hija, no era mi nieta, era mi hija y desapareció, pero sé que va a volver, estoy segura de que la soltarán algún día, dice la señora Mirna y su voz se apaga mientras escuchamos el sonido de las manecillas de un reloj grande que está colgado en la pared.

El viaje fue de un día para otro. Quedaron cheques protestados. La bodega llena de cajas vacías. Mi papá fue el que se dio cuenta de que no estábamos. Él sabía que todo andaba mal. Había comenzado a trabajar hacía poco en una bodega donde vendía artículos plásticos. El negocio quedaba muy cerca del de mi mamá. Él lo sabía todo, pero no hizo nada. Y cuando vio la bodega sin abrir, recién reaccionó. Se supone que mi tata estuvo preso unos días por los cheques. Se supone que los proveedores fueron a la casa de mi tata a cobrarle. Que lo amenazaron de muerte. Pero nada de eso es comprobable. Esa es la historia que me contaron mi papá y mi tata. Es la historia que ellos se inventaron, pero en la que omitieron una parte importante. Porque ellos dijeron que nosotros nos habíamos arrancado con mucha plata, que la intención de mi mamá había sido cagarlos, eso supimos nosotros, esa fue la historia que nos llegó. Ellos pensaron y dijeron que nos habíamos arrancado con diez millones de pesos, que estábamos en el sur, que éramos felices, que nos merecíamos el infierno, eso dijo mi tata. Esa era la historia. Esa era su historia.

Se la llevaron porque era linda, dice ella, se la llevaron porque era inteligente y calladita, se la llevaron al Perú, a Sucre, a La Paz, a Tacna, a Bolivia. Se la llevaron a Lima, dice la señora Mirna mientras tiene los ojos cerrados y las manos juntas, se la llevaron y no me la quieren devolver. Comienza a sollozar. Por supuesto que no sé qué decirle. Ella no vuelve a hablar. Ella mantiene sus manos juntas y comienza a murmurar algo que no entiendo. Escucho unos pasos. Es el ruso. Ella abre los ojos. Lo queda mirando. El ruso va a decir algo, pero ella comienza a sollozar. Es un quejido fuerte y ronco. No hay lágrimas, solo el quejido y el ruso que nos queda mirando y luego da media vuelta y se va. Parece un robot gigante, pienso y me levanto a buscar un vaso con agua. Se lo doy a la señora Mirna, pero ella no deja de quejarse.

Suena el teléfono. Es mi papá.

Cuando murió mi abuela, mi tata llamó a mi mamá para decirle que regresáramos a Iquique. Los necesito, dijo él, no me quiero quedar solo. Mi mamá no le dijo nada en un comienzo. Pensó en preguntarle por su hijo, por qué no le decía a él que lo acompañara. Pero prefirió no discutir. Mi tata insistió en que volviéramos, pero ella se mantuvo firme. Le dijo lo de su promesa, le dijo que no volvería ni muerta.

La señora Mirna me pide perdón. Dice que a veces le pasan estas cosas y no puede controlarse. No se preocupe, le digo. Me pongo un polerón y me despido de ella. Que Jehová lo acompañe, me dice. Tomo un colectivo que me deja en la dirección de mi papá. Es un condominio. Cuatro torres de muchos pisos. El conserje se comunica con el departamento de mi papá y me deja pasar. Es de noche. Entremedio de las torres hay tres piscinas muy grandes. Tienen las luces encendidas. Unas niñas se bañan. Entre ellas logro divisar al Elías. Hermano, acá, grita y yo sigo caminando. Me abre la puerta Nancy. Ve que entro cojeando y me pregunta si estoy bien. No, le digo. La dejo atrás. Mi papá está acostado en su cama, viendo la repetición de un partido de fútbol. Me siento en la cama. Me pregunta por qué me fui a meter al Morro. Le cuento lo de mi prima, le digo que quiero conversar con ella. No dice nada. Me comenta algo del partido. Parece que vamos a ir antes a Tacna, me dice, es que me llegó una platita, así que nos vamos para que te veas lo de tu boca. Sí, estoy sangrando cada vez más, le cuento y él me dice que eso me pasa por no cuidarme, que es peligroso, que podría perder los dientes. ¿Tú no sabes cómo puedo encontrar a mi prima?

No, dice él, ¿para qué la quieres?

No sé, quiero conversar con ella.

Tu prima ya no vive acá, dice él, se fue hace tiempo con su familia.

Suena grande, numerosa, la palabra familia. Me gustaría preguntarle a qué se refiere, pero no alcanzo: me vuelve a comentar algo sobre el partido que está viendo.

Antes del viaje a Buenos Aires volví a escuchar las últimas grabaciones. Los días que mi mamá pasaba junto a mi tío Neno. Cuando tenía que ir a buscarlo, en la madrugada, a alguno de esos bares donde se quedaba dormido. O cuando iban al cine. Ese tipo de cosas que no le gustaba hacer a mi papá. O el día en que mi tío, finalmente, se casó. No quería, contaba mi mamá, lo único que deseaba era irse. En algún momento se lo propuso, le dijo a mi mamá que lo ayudara a arrancarse, que podían ir en su auto, viajar al sur. Que lo acompañara los primeros días y que luego regresara, que no podía hacerlo solo. Pero mi mamá no se atrevió. Mi tío Neno se casó, no hubo luna de miel ni nada. A los meses nació mi prima. Al año siguiente mi tío se murió.

Me acuesto al lado de mi papá. Me duermo. Al rato me despierta la mujer, me dice que es tarde, que quiere acostarse. Mi papá está roncando. No sé cómo irme. Pide un radiotaxi, dice ella. No quiero moverme. No me sé ningún número, respondo. Yo te lo llamo, dice ella y sale de la pieza. Me levanto y la sigo. El Elías me pregunta si quiero jugar con él en su Nintendo Wii. Observo un momento la consola. Le respondo que no. Llega el radiotaxi. Regreso a la casa de mi tata. Lo encuentro en el living. Está leyendo la Biblia. Me pregunta si todo estuvo bien con la señora Mirna. Le digo que sí. Me da pena la hermana, dice mi tata, todo el día habla de su nieta. Pero Jehová, que está en los cielos, la debe estar protegiendo en su reino. Porque era una niña buena, era tranquila, dice mi tata, pero Satanás es poderoso, casi tan poderoso como Jehová, por eso hay que estar atento, hijo, porque uno nunca sabe cuándo caerá la tentación sobre nosotros. Hay que ser fuerte y leer la Biblia, dice y se levanta de su escritorio, toma su bastón y se va a su pieza. Apaga la luz del living y me dice buenas noches. El golpe de la puerta. Me siento en un sillón y me quedo ahí un rato. Cada cierto tiempo se escucha el sonido de algún auto que pasa a mucha velocidad. Afuera de la casa hay un letrero que dice «Residencial O'Higgins». El living se tiñe del azul del letrero y de las luces de la calle. Me duele una costilla. Apoyo la cabeza en el sillón y cierro los ojos.

Viajamos a Buenos Aires un lunes por la mañana. Mi papá llegó en la madrugada a buscarme con la mujer y su hijo. Entró a mi casa hablando con acento argentino, diciéndome que afuera nos esperaba el taxi. La noche anterior mi mamá me entregó la lista de cosas que debía comprar, me dio un beso en la frente y se encerró en su pieza. Cuando llegó mi papá yo no había alcanzado a dormir nada. La Coka había estado quejándose toda la noche. Agarré una silla, una frazada, mi grabadora, el micrófono y me senté a su lado. Cuando le puse el micrófono frente al hocico dejó de llorar. Estuve gran parte de la noche haciéndole cariño, grabando sus quejidos, hasta que se durmió. Esa mañana, mientras mi papá me esperaba en el living, fui a despedirme de la Coka. Recién había salido de su casa. Se notaba de mejor ánimo. Caminaba con mucha dificultad hacia su plato de comida. Los ojos blancos, sus huesos, las orejas llenas de tierra, sus patas que temblaban. Le hice cariño en la cabeza, agarré mi bolso y me fui al taxi.

Está amaneciendo. Me paso un dedo por los dientes. Estoy sangrando. Subo a la pieza donde están mis cosas. Me cambio de ropa y luego voy al baño. Me lavo los dientes con sumo cuidado. Trato de cepillarme lentamente y sin presionar mucho, pero igual sangro. Termino escupiendo la pasta de dientes mezclada con la sangre. No me duele, pero el sabor me queda pegado en el paladar. Lo intento de nuevo. Cepillar lentamente y con mayor suavidad en la parte superior, pero vuelvo a fallar. Me miro en el espejo. Mi boca llena de pasta de dientes con sangre.

Me senté junto a mi papá en el avión. En otra fila se sentaron su hijo y su mujer. Mi papá se fue viendo una película, yo escuchando música. Por un momento pensé que debía preguntarle por mi tío Neno. Durante todos los días que estuvimos en Buenos Aires me rondó la idea, pero nunca pudimos estar solos. Yo quería eso: que una tarde saliéramos y conversáramos. Se lo insinué, pero él no dijo nada. Simplemente se hizo el desentendido.

Es un murmullo. Palabras que no entiendo. Me acerco hacia la pieza de donde provienen, pero sigo sin saber qué sucede. Un murmullo. Una lengua extranjera. Por la ventana se ve encendida una lámpara pequeña. La luz es muy tenue. Un hombre está arrodillado frente a su cama. Un murmullo. Me quedo un momento escuchando, como si estuviera hipnotizado.

También pensé en contarle lo que había pasado con mi mamá. No sé por qué, pero me dio la impresión de que él me escucharía.

Abro los ojos. Estoy en medio del pasillo. Siento el sabor de la sangre entre mis dientes. Me levanto rápidamente. La puerta de la pieza está abierta. No hay murmullos. Me acerco. La cama está hecha. No hay nada. No hay nadie.

Llamé a mi mamá desde el zoológico de Buenos Aires. Tuvimos que ir porque al hijo de mi papá se le metió en la cabeza que debíamos visitarlo. Hablé un rato con mi mamá, me contó que la Coka estaba con mejor ánimo, que por lo menos ahora comía un poco. Después me preguntó si me había comprado algo de la lista. Le dije que no, que mi papá había dicho que no tenía plata, que compraríamos todo en Iquique. En ese momento se cortó la llamada.

Me enjuago la boca y bajo a la pieza de mi tata. Es cerca del mediodía. No lo encuentro. Camino hacia la cocina. Está ahí, con un delantal blanco, moviendo una cuchara de palo dentro de una olla. Por eso estás tan gordo, me dice, porque no haces actividad física. Mira la hora que es y recién te despiertas. Estaba leyendo, le digo y lanza una carcajada. Deberías ir a trotar a la playa, caminar, si no, te vas a morir. Jehová no quiere hombres como tú, dice él, quiere hombres activos, que cuiden su cuerpo, su alma, que sepan apreciar la vida. Hombres buenos, dice él y yo me quedo callado. Por mi cabeza no dejan de pasar las palabras con cuales podría contestarle. Son muchas, se molestan, no logran ordenarse. Voy a almorzar donde mi papá, le digo y vuelvo a subir a mi pieza.

Volvimos muy temprano a Santiago. En el avión revisé la lista una y otra vez. Chaqueta, pantalones, zapatillas, camisas, calzoncillos y calcetines. Miraba la lista y luego miraba a Nancy. Junto a su hijo veían una película por la pantalla que estaba frente a sus asientos. Mi papá dormía. En un momento hubo mucha turbulencia. Imaginé que el avión se caía. Mi papá despertó y puso su mano sobre mi cabeza. Me pegó un par de palmazos mientras se reía. Estái orgulloso de tu padre, ¿cierto?, me preguntó. Se encendió la luz de los cinturones. El piloto avisó que estábamos llegando a Santiago de Chile. Dio las instrucciones de siempre. La pregunta quedó dando vueltas. Él la olvidó y se puso a hablar con Nancy. Yo miré la lista y anoté algunas palabras que luego decidí borrar.

Antes de irme donde mi papá me recuesto un momento en la cama. Apoyo la cabeza en mis brazos cruzados. Miro el techo. Pienso en mi mamá, quizá ella también debe estar cocinando. O jugando solitario en el computador, mientras enciende un cigarro, y luego otro y otro. Cierro los ojos. El día antes de irme a vivir a Santiago fui a una fiesta en el colegio. Lo recuerdo. Sé que esa noche dije que no volvería a Iquique. Lo dije para llamar la atención, probablemente. Pero da lo mismo. Lo que importa es esa fiesta en el colegio. Y ahí estaba ella, la niña que me gustaba. Yo había tratado de ir con mi mejor ropa. Un pantalón azul, una camisa a cuadros. Quería acercarme a ella y decirle que me gustaba. Llegué al colegio y me puse a bailar con mis compañeras. Aunque en realidad yo era el que sobraba. Todas tenían pareja y yo me cruzaba y sonreía. Movía mi cuerpo. Transpiraba. Sentía que el pantalón me apretaba más de la cuenta. Y apareció ella, de la mano de un tipo mayor que nosotros. Bailaron toda la noche. Ella le dio un beso. A mí me seguía apretando el pantalón. Comenzó a bajar la neblina. Mis compañeros empezaron a irse. Ella se fue con el tipo. Al día siguiente yo tomaría el avión y me iría para siempre a Santiago. Pero algo pasó ese día. Fue una imagen que se repitió por años. Yo bailando, sin pareja, entremedio del grupo. O haciendo como si conversara con alguien por teléfono, mientras ella no dejaba de bailar.

En el aeropuerto me encontré con una compañera de universidad. Estábamos haciendo la fila para pasar nuestros bolsos por los detectores. Mi papá y su familia se habían quedado esperando sus maletas. Nos pusimos a hablar, me comentó que había estado en Brasil con sus papás. Me preguntó de dónde venía yo. Le dije que había ido a Argentina. Qué buena, dijo ella, ¿y fuiste solo? Pensé en decirle que no. Alguien me tocó la espalda. Era mi papá con Nancy y su hijo. Hermano, ¿quién es ella?, me preguntó él. Mi compañera los saludó a los tres. Yo no le dije nada. Era su turno para dejar el bolso y que lo revisaran. Se dio media vuelta y avanzó. El hijo de mi papá volvió a hacerme la pregunta y yo seguí sin responderle. Llegó mi turno, pasé mi bolso y avancé hasta la puerta. Mi compañera estaba con sus papás. Se acercó para despedirse. Me dijo que me parecía mucho a mi mamá y a mi hermano. Asentí con la cabeza. Me dio un beso y se fue.

Almuerzo con mi papá y su familia. Estamos sentados a la mesa él, Nancy, Elías, los otros dos hijos de Nancy y yo. Durante el almuerzo mi papá conversa sobre fútbol y autos. En la tarde me quedo dormido en su cama, junto a él. Cuando despierto le digo que no quiero regresar donde mi tata. Él me dice que está bien. En la noche me acuesto en el sofá del living y me duermo. Al día siguiente tampoco vuelvo donde mi tata.

Mi papá dijo que llamara a mi mamá, que le avisara que ya estábamos en Santiago. Me pasó su celular, marqué el número pero sonó ocupado. Se lo devolví. Salimos a buscar un taxi. Cuando estábamos por llegar al hotel donde se alojaba mi papá, Nancy le pidió el celular. Llamó a uno de sus hijos. Conversaron un rato. Nunca supe con cuál de los dos hablaba. Por un momento pensé que era con el más grande, el mismo que llamaba a mi mamá para decirle puta, para decirle que dejara tranquilo a mi papá.

Después de varios días vuelvo a la casa de mi tata. Me va a dejar mi papá. Se saludan con un abrazo. Mi tata me mira y me pregunta por qué no había vuelto. Le digo que allá hay cable, que hay internet, que me aburro en su casa. Él mueve la cabeza. Le pregunta a mi papá si ha ido a ver a mi abuela. Mi papá le dice que no ha tenido tiempo. Ustedes nunca tienen tiempo para nada, dice mi tata. Mi papá se ríe y se despide. Yo me quedo de pie, mientras mi tata se acuesta en su pieza. En la noche vuelvo a escuchar los murmullos, pero esta vez provienen de otra habitación. La misma voz, las mismas palabras que no entiendo, el hombre arrodillado frente a su cama.

Dejamos atrás Santiago. La lista. El viaje por el desierto. El hombre caminando entre los cerros, quizá perdido. El hombre que escucha los murmullos y toma té. Alto Hospicio. Iquique. El ruso. Las desaparecidas. Mi prima. Mi tío. Mi mamá. Los dientes ensangrentados. El viaje a Tacna. Los murmullos. Mi tata. Los pantalones apretados. La neblina. El Morro. La uruguaya. Mi mamá. Los murmullos. Cierro los ojos, pero los sigo escuchando.

Mi tata sigue hablando del fin del mundo. Mi papá a veces viene a verme. Se acerca el viaje a Tacna. Mi abuelo me despierta muy temprano para que le ayude a ordenar la residencial. Luego debo cocinarle. A veces me voy al departamento de mi papá. Llego y me encuentro con los otros hijos de la mujer. El Elías pasa todo el día jugando en el computador. Yo llego y me acuesto en la pieza de mi papá. Veo tele. Dejo que los días pasen. A veces me dan ganas de poder conversar con él, pero siempre está la mujer. Me resigno. Sigo viendo tele. Da lo mismo el canal. Se acerca el viaje a Tacna. Hace días que no llamo a mi mamá.

Vuelvo a ir al departamento. Solo está el hijo mayor de Nancy. Entro, me encierro en la pieza de mi papá y duermo. Cuando él llega me pregunta si comí algo. Niego con la cabeza. Me dice que él tiene hambre, que no tomó once en la casa de la mamá de Nancy. Me pregunta si me tinca que vayamos a comer algo por ahí. Le digo que sí. Me pongo un polerón y salimos en su camioneta. Llegamos a un local donde venden sándwiches. Me palmotea la espalda mientras caminamos al lugar. Pedimos dos sándwiches y una bebida grande. Nos sentamos. En un televisor están dando una película que protagoniza Denzel Washington. Mi papá me habla de él, me dice que le gusta una donde es un boxeador, que le gusta esa película. Comemos. Después él no dice nada. Mira la película. Miramos la película. Terminamos de comer. Regresamos a la camioneta y mi papá me va a dejar donde mi tata. Se estaciona frente a la residencial y me explica que está apurado y que mañana pasará a saludar. Me bajo y veo cómo la camioneta dobla y desaparece en la siguiente esquina. Entro a la casa. Mi tata está leyendo una revista. Me siento frente a él y me pide que le cuente cómo lo he pasado en Iquique. Yo le respondo que todo está bien y luego le pregunto si es verdad que mi papá mató al tío Neno.

Mi tata me mira y dice que deje de hablar estupideces, que yo soy un pájaro, que no entiendo nada, que todavía debo madurar. Al día siguiente decide no hablarme.

Debemos salir de Iquique a eso de las seis de la mañana para aprovechar bien el día en Tacna, dice mi papá. Vamos a ir con la mujer y su hijo. En la noche preparo mi bolso. Hace días que los murmullos se acabaron. La señora Mirna no ha vuelto a venir. Antes de acostarme miro la lista de cosas que mi mamá dijo que debía comprarme. Vuelvo en dos semanas a Santiago. Todavía no he comprado nada. Quizá en Tacna pueda encontrar algo, pienso y guardo la lista en el bolso. Al día siguiente aparece mi papá en la camioneta. Viene solo. Su hijo se despertó con fiebre. Nancy se quedó cuidándolo.

Suena un tema de Bob Dylan en la radio. Mientras cruzamos el desierto la señal se va perdiendo de a poco. Mi papá me mira de reojo y me pregunta si estoy bien. Yo miro los cerros y le digo que sí. Parecen cuerpos de dragones que quedaron enterrados en el desierto. Un cementerio de dragones. Eso parece. Pero no le digo nada a mi papá. El sol sube hacia lo más alto del cielo. La carretera está completamente vacía.

Mientras recorremos las cuestas que nos llevan a Arica le pregunto por mi tío Neno. Le pregunto si lo echa de menos. Me dice que sí. Pero tu mamá lo debe extrañar más, dice mi papá y yo me quedo callado, sin saber muy bien qué agregar. En la radio suena un disco de un jazzista que no conozco. Estamos cerca de Arica.

Cruzamos hacia Tacna sin problemas. Casi no revisan la camioneta. Apenas llegamos llamo a mi mamá. Le pregunto cómo está. Me dice que mal, que no tiene plata. Me pregunta si ya me compré la ropa. Le digo que no, que estoy en Tacna. Me dice que aproveche de comprarme poleras y otras cosas. Le pregunto por la Coka. Me dice que está mal, que se va a morir. Me quedo en silencio. Ella vuelve a insistir con la ropa. Que me compre cosas de marca. Yo le digo que me tengo que ir. Le cuelgo. Salgo de la central telefónica y le digo a mi papá que todo está bien. Él me palmotea la espalda y me dice que no me voy a olvidar de estas vacaciones, que he tenido unas vacaciones internacionales. Yo trato de sonreír mientras asiento con la cabeza. Tengo hora al dentista en un rato más.

La dentista me dice que estoy mal, que si me hubiese demorado un poco más podría haber perdido todos los dientes. Como mi mamá, pienso mientras ella introduce unos fierros en mi boca y me saca algo de los dientes que desconozco. Se demora. Después me pone una especie de masa. Observo sus diplomas de la Universidad Católica del Perú. Me pasa un espejo: tengo todos los dientes rojos, con sangre, y la masa los hace ver como si estuvieran podridos. Le dice a mi papá que entre. Él me mira y me pega dos palmaditas en la cabeza. Me dice que voy a estar bien. Ella le da una lista de cosas que debe comprar. Yo pienso en la lista que me envió mi mamá.

Volvemos temprano al hotel. Yo no puedo comer nada. Mi papá pide un sándwich que le suben a la pieza. Nos acostamos. En la televisión están dando otra película de Denzel Washington. Esta es la del boxeador. Yo cierro los ojos e imagino que mi papá me compra todas las cosas que aparecen en la lista, que llego a mi casa y mi mamá no me reta por no haber comprado tal o cual cosa. Que no inspecciona la ropa como si la hubiera comprado en la feria. Abro los ojos. En la tele siguen dando la película del boxeador. Mi papá ronca. Me levanto. Tengo hambre. No sé qué hacer. Apago la tele y le saco a mi papá el control remoto de sus manos. También le saco los lentes, los dejo en el velador y apago la luz.

No se ven los dientes, solo una masa llena de sangre. Se supone que se caerá en los próximos días. No puedo comer hasta que eso ocurra, hasta que no quede masa. Observo mis dientes en el espejo del baño. Mi papá se levanta y me dice que no me preocupe, que la dentista es muy buena.

Es temprano.Se viste y pide el desayuno a la habitación.

Al rato salimos a recorrer un par de ferias. Llevo la lista en un bolsillo. Nancy le dijo a mi papá que le comprara ropa interior para sus hijos y unas zapatillas para el Elías. Recorremos la Caprina buscándolas. Yo aprovecho de ver algunas para mí. También busco otras cosas de la lista. Mi papá me pregunta si me hacen falta calzoncillos y calcetines. Le digo que sí. Seguimos buscando las zapatillas para su hijo. Mientras, yo me pruebo distintos modelos, pero ninguno me gusta. Finalmente mi papá escoge un par. Sé que en esa tienda debo comprar las zapatillas, que si no, no habrá otra oportunidad. Me pruebo otras, me quedan algo apretadas pero da lo mismo. Le pregunto si me las puedo comprar. ¿Pero tu tata no te había comprado zapatillas? Niego con la cabeza. Finalmente las compra.

Atardece. Acompaño a mi papá a otra feria. Compra cosas para su negocio. Miro la lista. Le pido a mi papá un lápiz. Tacho la palabra zapatillas. Vamos a otra feria. Ahora buscamos la ropa interior que le pidió Nancy. Llegamos a un local y mi papá saluda a una señora. Me dice que escoja los calzoncillos y calcetines que quiero. Los echo en una bolsa junto a los que escogió él y volvemos al hotel. En la noche debemos regresar a Iquique.

Mi papá dice que necesita dormir antes de manejar. Se acuesta. Yo me pongo a hacer zapping. Pienso en la lista. La miro. Busco un lápiz en mi bolso. Tacho dos palabras más y la guardo. Sigo haciendo zapping. Me duermo. Y sueño. Sueño que mi abuelo está en su casa, tendido en el piso. Sueño que llegamos con mi papá y lo vemos ahí, en el piso, rodeado de baratas, baratas negras y blancas que vuelan sobre su cuerpo. Yo me acerco y mi papá se va. Me deja solo frente a mi tata. Mi tata habla, mi tata dice que mi tío no va a resucitar, dice eso sin abrir la boca y las baratas siguen volando sobre su cuerpo.

Abro los ojos.

Mi papá arregla su bolso. Me levanto y hago lo mismo. Guardo mis zapatillas nuevas junto a la ropa interior. Le pregunto si ha hablado con mi tata. Me dice que no. Le digo que lo llame. Después, dice él, estamos atrasados. Me pregunta si tengo hambre y le respondo que sí. Entonces me invita a comer al Pollo Pechugón. Le recuerdo que la dentista dijo que no podía comer nada sólido. No importa, dice, ahí vemos qué hacemos. Desocupamos la pieza, dejamos los bolsos en la camioneta y caminamos al restaurant. Evito abrir la boca. Aún siento el sabor de la sangre. Llegamos. Mi papá pide pollo con papas fritas. Yo pido un jugo. Lo miro comer. Me pregunta si me ha gustado Tacna. Respondo que sí, aunque no estoy muy seguro. Sigue comiendo. Me ofrece papas fritas. Las acepto. Saco algunas. Debo agarrarlas y metérmelas casi completamente a la boca. Morder con las muelas que están más atrás. Las papas saben a sangre. A sangre y a la masa de los dientes. Mi papá come pollo con papas fritas sin problemas. Me pregunta si está rico. Yo lo miro y le digo que sí, que está muy rico.

Caminamos hacia el hotel. No tengo idea cómo se llama la calle, pero hay varios casinos. A nuestro lado caminan unos chilenos. Conversan en voz alta. Esto parece Chile, dice uno de ellos, como si fuera la reflexión más importante de su vida. Mi papá va mirando unas facturas. Yo miro mi lista. Las tres palabras tachadas. El resto, la mayoría, intactas. Los chilenos apuran el paso. Nosotros ingresamos al hotel, vamos al estacionamiento. Mi papá guarda las facturas en un bolso y se sube a la camioneta.

¿Estái contento con la ropita que te compraste?, pregunta. ¿Dónde la echaste?

Enciende el motor.Le digo que la guardé en mi bolso.

Con esa ropita te alcanza para todo el año, ¿cierto?

Salimos del hotel. Antes de ir hacia la aduana me pregunta si quiero dar algunas vueltas por Tacna. Le digo que está bien. Pienso en que debo mostrarle la lista. No sé cómo introducir el tema. Él conduce y me va nombrando los barrios de Tacna. Quiero hablarle de la lista. Quiero preguntarle por mi tío Neno. Quiero contarle lo que pasó con mi mamá. Ahora me habla de los autos, me dice que los peruanos no saben comprar vehículos, que no tienen clase. Me dice eso y pienso en su BMW 850i. En su Honda Accord. Pienso en mi tío Neno. En la lista. Él sigue hablando del mal gusto de los peruanos, de la falta de semáforos en la ciudad. De la falta de luces. Yo saco la lista de mi bolsillo y la pongo sobre mis piernas.

Ahora me habla de las carreteras peruanas, de cómo conducen los peruanos. Nos dirigimos hacia la aduana. Vamos abandonando la ciudad. La radio no capta ninguna señal. No hay personas. En el desierto no hay personas. No hay dragones, tampoco. Todo está oscuro. Muy oscuro. Un golpe. Una trizadura. Mi papá no alcanza a frenar. El bulto en mitad de la carretera. No hay nadie. No hay más personas. En el parabrisas hay una trizadura. Mi papá me mira, coloca su mano en mi muslo y me dice tranquilo. Pone reversa. Mueve el volante, lo esquiva y acelera. Se ven las luces de la aduana. No sé dónde quedó la lista.

Durante el resto del viaje casi no volvemos a hablar. Es tarde. Cruzamos el desierto entre sombras y neblina. Me acerco a la ventana. Veo mi reflejo. Veo a mi papá. Intento observar las estrellas, pero no se ve nada. Es la camanchaca, dice mi papá. Yo lo observo de reojo. Él conduce a ciento cuarenta kilómetros por hora. Cierro los ojos. Y los veo en la carretera, ahí, tendidos en la carretera. Los cuerpos. Niños y viejos. En mitad de la carretera. Los veo en mitad del desierto, y mi papá los esquiva, acelera y los esquiva.

Edición en formato digital: agosto de 2012

© 2012, Diego Zúñiga
© 2012, Random House Mondadori S. A.
Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S. A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-956-8228-42-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S. A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:
Travessera de Gràcia, 47–49
08021 BARCELONA
España
Tel.: +34 93 366 03 00
Fax: +34 93 200 22 19

Sede Chile:
Merced 280, piso 6, SANTIAGO DE CHILE
Teléfono: 782 8200 / Fax: 782 8210
E-mail: editorial@rhm.cl
www.rhm.cl